

# Curso de escritura creativa

realizado por Maivo Suárez

en el marco de los Talleres Santiago Cultura, Municipalidad de Santiago

22.01.2022



Durante los meses de octubre de 2021 y enero de 2022 se realizó el Curso de escritura creativa, uno de los tantos talleres que formó parte de la oferta programática que anualmente organiza Santiago Cultura para los vecinos y vecinas de Santiago.

En esta oportunidad el curso estuvo a cargo de la escritora Maivo Suárez. Quince personas participaron de las sesiones semanales, las que se realizaron en formato presencial y virtual por motivo de la pandemia. Con el objetivo de conectar a cada participante con su proceso creativo durante las doce sesiones se priorizó la lectura de cuentos y la realización de ejercicios.

Entendiendo a la escritura como un oficio que se aprende en la medida que se practica, los textos producidos fueron leídos por los compañeros, y en un trabajo colectivo e individual estos escritos se fueron revisando, editando y puliendo a lo largo del taller. Entusiasmados con los resultados son los propios alumnos y alumnas, junto a Maivo Suárez, quienes ilustran, diseñan y maquetan la publicación digital que reúne los cuentos de este curso de escritura y que hoy ponemos a disposición de todos y todas para su lectura.

Título original: *Curso de escritura creativa*  
realizado por **Maivo Suárez** en el marco  
de los Talleres Santiago Cultura  
**Municipalidad de Santiago**

Ilustraciones: Alice Sailer

Edición digital: 2022

Editor digital: **Jorge Campano Rojas**

## Índice de contenido

Cumpleaños	5
María Adasme	5
Los dulces	8
Alicia A. Morales	8
Tazas sobre el mantel	11
Campano	11
Decepción	14
José Contreras	14
La Mirada	18
Constanza Fernández Navarro	18
Una reescritura: La madre de Ernesto	21
Catalina Lufín Pacheco	21
Inés	23
Anais Pizarro	23
La reina	25
Francisca Ramírez	25
Reflejo	36
Dana Rojas	36
El precio	37
Claudio Ruiz	37
Alejandra	42
Alice Sailer	42
Scout	46
Manuel Silva Ibarra	46

# Cumpleaños

## María Adasme



—No quiero a esos niñitos en esta casa.

Eso dijo mi abuela y preferimos no discutirlo. Mi mamá siguió preguntando con voz de niña, *¿qué más pongo, mamita?*, mientras se asomaba al refrigerador y sacaba potes con tapas de colores y contenido incierto. Había aprendido que si el silencio se alargaba era mejor no buscar los ojos ni insistir. Hice una torre alta de potes que me pareció bonita y los llevé a la mesa justo antes de que mi abuela abriera la boca de nuevo. Alcancé a ver cómo mi abuela miraba de reojo y mi mamá se contrariaba, pero estaba resuelto.

Nadie más hablaría por el resto de la jornada.

Aún me daba vueltas la negación de mi abuela. La Maca había estado toda la semana hablando de la Barbie que su mamá me había comprado para el cumpleaños. Habría querido que mi mamá me defendiera un poco. A mí y a *esos*

*niñitos*. Lo del regalo era sorpresa, pero la Maca no pudo guardárselo: era la Barbie blanda que se dormía si le pasabas un hielo por los ojos. *No se duerme de verdad*, me explicó como si yo viviera en otro planeta, pero eso ya lo sabía, había visto el comercial en la tele. Igual sonreí. *¡Qué emoción! Es bacán esa Barbie*.

La Maca era una buena amiga, pero sobre todo una niña ejecutiva. ¡Estaba tan contenta de ir a mi fiesta! Como quería que yo lo estuviera también, se había encargado de esparcir la noticia por el curso. Nadie había ido antes porque a esas alturas ya estábamos de vacaciones y porque –en realidad– yo tampoco los había invitado. La idea me empezó a entusiasmar y no sé en qué momento la celebración se convirtió en un hecho. Contesté preguntas, di mi dirección revisándola una y otra vez en la libreta de comunicaciones y aseguré que mi papá haría los mismos merenguitos de colores que nos devorábamos en las convivencias del colegio.

–No pueden venir, ¿cierto?

Sabía que a mi mamá le daba pena esa pregunta. Había escuchado a mi abuela y mi tía conversando sobre mi colegio ‘cuico’, sobre cómo eran probablemente mis amigos y sus familias. Burlándose de ellos, pero –sobre todo– de nosotros, apretados en una casa demasiado chica. *Si ni pieza tiene, ¿dónde van a jugar?*

Faltaba un día. Mi tía pasó del trabajo a comprar los pasajes para no tener que preocuparnos en la mañana. A mi primo y a mí nos obligaron a bañarnos en la noche para partir temprano. Mi abuela y mi mamá prepararon sándwiches. A mi papá no lo dejaron hacer nada, como siempre, así que se fue a ver tele. Me preguntaron qué quería. Hablaban con una alegría exagerada y los ojos muy abiertos. *Quiero ir a ese restorán al que fuimos una vez a comer pescado frito con papas fritas*.

Al día siguiente partimos realmente temprano.

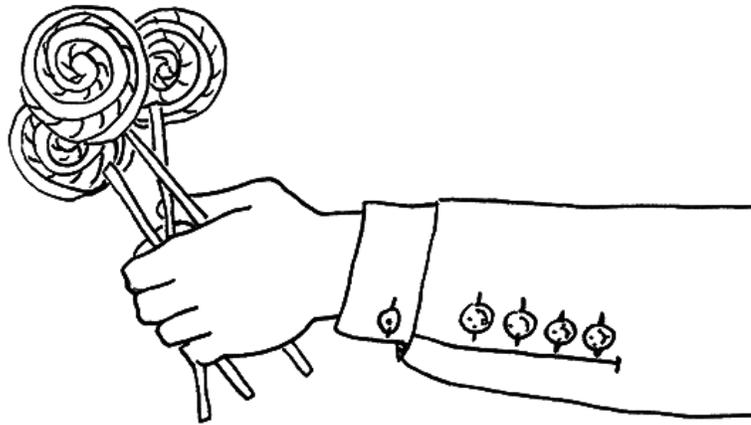
No sé si alguien llamó por teléfono. Si alguien llegó directamente a la casa. Si los papás de los otros niños se organizaron en algún auto común para ir. Si la Maca había llegado ella sola con su hermana, sus papás y la Barbie que se duerme. Si, en el mejor de los casos, a todos se les había olvidado porque ya estábamos de vacaciones y no me tenía que preocupar. Pensaba en eso mientras por la ventana del bus el sol ya me quemaba el brazo y miraba cómo mi mamá

pelaba un huevo. Era recién diciembre y quedaban largos dos meses para volver al colegio y averiguarlo.



# Los dulces

Alicia A. Morales



Sentada en la poltrona de la habitación, Josefa miraba las luces de los autos moverse borrosas a través del vidrio empañado. Los ronquidos de su objetivo llenaban el ambiente. Algunos pajaritos comenzaban a cantar. De pronto el silencio detuvo el tiempo. Él abrió bien los ojos, la miró con extrañeza en la penumbra. ¿Qué hacía ella en su dormitorio?

*¿Creíste que luego de tantos años ya no me verías cierto?,* dijo ella con calma.

*¡¿Qué haces aquí?!*

*¿Qué crees?*

*¡No, no puede ser!*

Desorientado, el hombre, buscó su celular sin éxito. Medio pensando que todo se trataba de una pesadilla intentó ponerse en pie, para volver a caer en la cama, algo no se sentía bien.

*Tranquilo, tranquilo, dijo Josefa con una voz calmada. No hay apuro, no es necesario un escándalo, solo recuéstate, todo va a estar bien.*

*¿Me vas a matar?*

*Ya te maté, hace 15 minutos.*

Ella apuntó a su brazo. Él se miró, distinguió un pequeño punto rojo gracias a la luz que emanaba de la calle. Las náuseas surgieron desde la boca del estómago retorcido y empezó a sollozar.

*¿Por qué lloras?*

*¿Por qué ahora, Josefa? Di vuelta mi vida, me fui a vivir lejos, quería dejar todo atrás. ¿Por qué me haces esto ahora?*

Josefa se levantó, vestía de negro, y de su bolsillo sacó un manojito de dulces.

*Toma, te los devuelvo, yo no los quiero.*

*No, no, es mentira, ¡déjame en paz!*

Hizo otro intento de levantarse, pero esta vez solo logró caer al piso: quedó arrinconado entre el closet y el velador.

*Oye, tranquilo —decía mientras se acercaba—, solo respira, vamos respira conmigo. Inhala, exhala... eso así, inhala, y bota, mientras más te resistas, peor será el dolor.*

La luz del amanecer empezaba a inmiscuirse por la ventana, desde la casa vecina se escuchaba la radio que se prendía a la misma hora y el ruido de las llantas de los autos sobre el pavimento escarchado.

Por fin algo dentro de él se rindió, la miró a los ojos y en el silencio, ya no había lágrimas.

*¿Cuánto me queda?*

*Unos ocho minutos.*

*Okey.*

Su destino estaba aceptado, no había vuelta atrás. Hacía un año, había encontrado en la puerta de su casa un manojito de dulces congelados por la nevazón, desde esa mañana supo que algo pasaría. Empezó a cerrar sus cortinas cuando estaba en casa, a mirar sobre su hombro cada vez que salía, instaló una cámara de seguridad, saltaba de miedo cuando alguien le tocaba la espalda para hablarle, no tenía descanso.

*Lo pensé por mucho tiempo, todo lo que hice. Hubiera estado más tranquilo de ir a la cárcel, pero me protegían desde mandos altos.*

*Pudiste haberte entregado, ayudar en la investigación.*

*Avergonzado, escondió la vista.*

*De una forma u otra tu visita viene finalmente a liberarme de esta vida.*

*Es un acto de misericordia, afirmó ella.*

*Pero matarme no va a aliviar tu dolor.*

*Lo sé.*

Josefa se volvió a sentar en la poltrona. Tomó un respiro hondo, puso sus brazos sobre sus piernas y empezó a hablar, aunque esta vez distinto, su voz delgada como cuando niña.

*Tú nos llevabas a él, sabiendo lo que nos hacía durante la noche, pero, aun así, nos llevabas. Después de un par de horas, ibas a buscarnos y traías en tus manos dulces, como si de alguna forma compensara la situación.*

El tic tac del reloj en la pared reproducía el tempo que anunciaba el final.

*Fuimos obedientes, nos quedamos calladas. Hasta que murió la Cata, me aferré a su cuerpo mientras moría desangrada por un aborto mal hecho. En ese momento supe lo que tenía que hacer.*

*Huí, me crie sola y ahora, aquí estoy, encargándome de la basura.*

*¿Vas a ir a visitarlo también?*

*Claro que sí, pero todo a su tiempo.*

Su mirada empezó a desenfocarse, el veneno empezaba a dar los últimos efectos.

Josefa sacó otro dulce, lentamente lo desenvolvió y se lo echó a la boca.

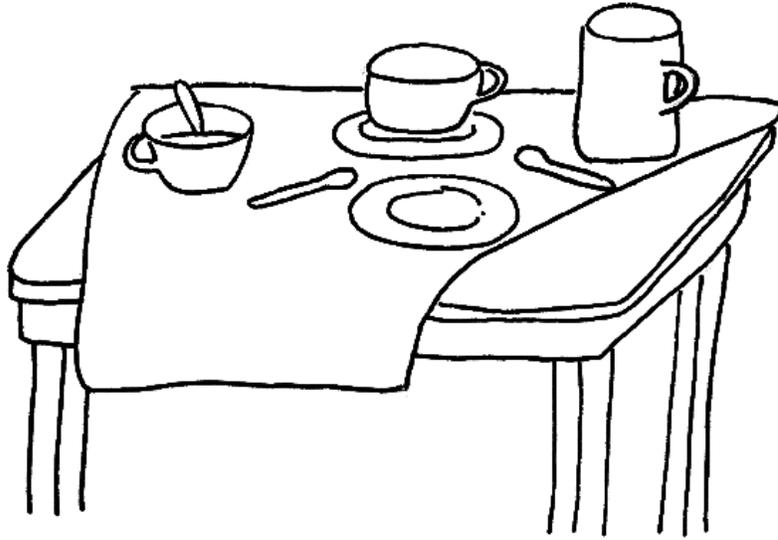
Se arrodilló frente de la figura disminuida de ese hombre grotesco que ya solo balbuceaba incoherencias, y pasó sus últimos momentos de vida mirándolo a los ojos. Finalmente le tomó de la mano.

*Hasta luego Arno.*



# Tazas sobre el mantel

## Campano



Magda entró a la cocina con un salto, una sonrisa y una guitarra.

Paula guardó las palabras en su boca, miró a Roberto al otro lado de la mesa y movió la cabeza de izquierda a derecha, no era el momento.

—¡Mamá, papá!, saqué otra canción con la guitarra.

Estaban cansados, los ojos húmedos. Roberto echó miel a su café y contestó a Paula con un leve gesto, de esos que entienden las parejas que llevan décadas juntas.

—¿Qué canción aprendiste, hija?

—La de Soda que le gusta a mi papá.

—¿Soda Stereo? ¿Cuál de todas las canciones que me gustan? —Roberto no tenía manos para el piano, ni la guitarra, ni la flauta, ni siquiera los tambores; le faltaba ritmo. Paula lo tenía de sobra y se lo heredó a su hija, ambas tocaban guitarra desde pequeñas, Roberto las admiraba.

—La del té, ¿la canto? —Sin esperar respuesta se sentó a la mesa, acomodó la guitarra gigante en sus pequeñas manos y empezó el rasgueo.

Magda tenía diez, tocaba muy bien la guitarra, armónicas y compases la acompañaban a todas partes. Sus padres siempre la escuchaban embobados. Volvían a la realidad cuando la oían cantar.

—Las tazas sobre el mantel... —Magda tiene 10 años y canta horrible, pensó Roberto.

—La lluvia derramada... —Aunque le pone empeño, le hacen falta clases de canto.

—Un poco de miel... —No quiero pensar en el futuro.

—Un poco de miel. No basta... —Todo es tan borroso.

La Magda llegará a ser una buena música, mientras no tenga que cantar llegará lejos... o dividir. Ni canto ni matemáticas. Será una buena persona y con eso yo seré feliz, ojalá ella lo sea, anheló Roberto. Le escuchó desafinar con una aguda voz, la canción le traía adolescentes recuerdos. Tengo que llamar a mis papás y explicarles todo... Una gota recorrió su mejilla y no tardaría en seguirle otra. Paula vio las lágrimas, dejó la taza sobre el mantel y abrazó a Roberto. Puso su cabeza sobre el hombro y se quedó allí, para ocultar sus propias mejillas.

Roberto le hizo cariño con una mano, la otra tomó una servilleta.

Magda recién levantó la cabeza al terminar. Sus padres estaban abrazados, no supo en qué momento lo hicieron.

Roberto empezó a aplaudir y Paula le acompañó.

—Papá, ¿estás llorando?

—Sí, esa canción me emociona mucho y es muy triste. ¿Sabías que Cerati se la escribió a su papá? —abrazó a su hija—. Es muy lindo escucharla de ti. Muchas gracias. Tocas muy bien.

—¡Gracias!

—Aunque te falta mejorar la voz. ¿Cómo te cae la Amanda?, ¿te gustaría tomar clases de canto con ella? —El canto puede llevarla lejos.

—¡Sí! —Magda levantó los brazos.

—Hagamos un trato, quedan dos meses de clases. Haz todas las tareas de matemáticas y en las vacaciones tomas clases con ella. —Las matemáticas también le ayudarán en el camino.

—No me gustan las matemáticas —Bajó los brazos e hizo un puchero.

—No te pido que te gusten, solo que las hagas, no es tanto. —Él no podrá acompañarla— ¿Hiciste las de hoy?

—Sí.

Roberto levantó una ceja.

—¿Cuánto es veinte dividido cinco?

En silencio Magda contó sus dedos, hasta que Paula se aburrió:

—Cuatro.

—Trae tu cuaderno y le pedimos a tu mamá que nos enseñe a dividir.

Rezongando la niña salió con la guitarra y se llevó la poca alegría que había en la cocina. Paula volvió a abrazar a Roberto y el llanto afloró.

—¿Cuándo le vamos a contar?

—Cuando lo confirme el médico.



# Decepción

José Contreras



El ruido de las micros que pasaban rápidas por la calle era el único remezón de su aburrida tarde. La entretención estaba lejos de marcar sus jornadas y debía conformarse con inventar juegos e imaginar qué hacían sus compañeros de curso, que en la mañana de clases acordaban los planes de acción de las tardes que se juntaban. A él, en cambio, solo le quedaba el encierro y el aislamiento social.

Había un poco más. Un ritual, si se puede llamar de esa forma. Ese ritual era ejecutado con una precisión quirúrgica. Había *gente que dependía de él*, o así se lo explicaron al menos, y debía demostrar que era una persona responsable, pese a tener solo 12 años. La ejecución debía ser casi perfecta, sin fallas ni distracciones

en el camino. Dicho de otra forma, debía ser un autómata. Con uniforme, zapatos lustrados y corbata bien arriba de la camisa.

El ritual era simple, pero requería de coordinación en los tiempos para que fuera perfecto. Salía del colegio a las 13.40 y tomaba la primera micro que pasara en Matucana con Catedral porque todas pasaban por fuera de la casa. Se bajaba en el paradero de Andes con Lourdes donde había escolares de otros colegios que lo miraban raro por la impecable presentación de su vestimenta pese a la hora. Dejaba la mochila en una silla mientras lanzaba un hola a veces sin respuesta. Tomaba a su hermano pequeño de la mano y se iba hasta el paradero de Mapocho con Lourdes para esperar otra micro que lo llevara al mismo colegio del cual se había ido minutos antes. Llegaban al filo del ingreso de la jornada vespertina a las 14 horas, lo veía entrar y luego volvía a su casa. Por fin. Con más relajo, pero con la misma misión: cumplir horarios.

Era la parte más intensa de un día que, después del colegio y del ritual, se iría lento y aburrido. Él lo sabía. Por eso, el retorno definitivo a casa, después de dejar a su hermano, lo hacía con menos prisa. Era su forma de querer retrasar lo inevitable: el encierro en esa casa sin patio, bajo la sobreprotectora vigilancia de su madre, solo interesada en el estudio. Era lo único que valía la pena para ella. Él no cuestionaba, aunque sentía que podía haber algo más que solo el estudio. Algo más para un niño que pasaba sus días «de la casa al colegio y del colegio a la casa», como decía con orgullo su madre.

Juntarse con amigos podría ser ese «algo». Veía a sus otros compañeros en el colegio preparando esa tarde que pasarían juntos, sin tareas y con Nintendos o pichangas en la calle hasta morir de cansancio. Al día siguiente seguían en la misma dinámica: hablaban de cómo a uno le salió el *fatality* de *Scorpion* en el *Mortal Kombat II*, de lo malo que era el otro para chutear al arco o de cualquier cosa que hayan hecho juntos.

Él, en tanto, los miraba con cierta envidia porque no debían hacer ese ritual. Pero había más: aunque estuviera libre de llevar a su hermano, tener amigos era una idea casi descartada por varios motivos, según su madre: que viven lejos, que no sé qué te puede pasar, que no sé con quién estarán, que puede ser peligroso, que te desconcentran de los estudios que es lo único que importa, que no y punto, porque-lo-digo-yo-y-se-acabó. Así que lo único que le quedaba era

quedarse en la casa, inventando calles con las tablas delgadas del piso de la casa para que sus autos de juguete las recorrieran.

Alguna vez tendría que pasar, pensaba. Que un día lo inviten a la casa de algún compañero a jugar en la calle o en un pasaje. Tener un amigo afuera de los patios y pasillos del colegio. Salir de la casa. Pero sabía que sería muy difícil que eso sucediera porque su madre no le daría el permiso. Así que su ilusión terminaba por esfumarse entre las paredes de su casa.

Pero pasó. La invitación ansiada llegó. Era a estudiar, no a jugar, pero era una invitación. Era un buen alumno, entre los destacados del curso, y la madre de un compañero le pidió a su madre si podía estar una tarde con él para ejercitar matemáticas. El control y la sobreprotección salió a flote en la petición: ¿dónde estarán? ¿Quién los cuidará? ¿A qué hora volverá? ¿Comerá? A todas esas preguntas hubo respuestas que la dejaron con cierta tranquilidad.

Vas a ir, pero te cuidas, le dijo. Nada de calle, solo el estudio y ten cuidado, le aconsejó. Sí, mami, repitió constantemente, tratando de tranquilizarla, pero sabía que sería inútil. También él trató de tranquilizarse. Era primera vez que iba a la casa de un compañero y podría jugar y hacer otras cosas fuera del colegio, aunque primero tenían que estudiar. Compatibilizar el tiempo entre el estudio y el juego era algo que le costaba ordenar, pero algo se haría.

Al día siguiente fue con su compañero a la casa. Terminaron de almorzar y pensaba que comenzarían a estudiar. Vamos a jugar a la pelota mejor, le dijo su compañero. Fueron a la calle, una silenciosa y ancha en Cerro Navia. Chutearon un rato de lado a lado, usando un portón como arco. Cuando se cansaron, entraron y pensaba que ahora sí estudiarían.

Juguemos al Mario, ordenó su compañero. Era primera vez que veía el videojuego, trató de entender cómo se jugaba. Le costó. Igual avanzaron un par de etapas. Fueron cambiando los juegos y pasaron un par de horas entre saltos a cajas que dan monedas, goles en ángulos chuecos y golpes sangrientos que sacaban espinas dorsales.

Cuando comenzaba a refrescar la tarde, sacaron los cuadernos y estudiaron rápidamente. Su compañero aprendió los ejercicios con facilidad, hicieron las tareas y el objetivo de la invitación se cumplió a cabalidad. La madre de su

compañero, siempre presente, lo llevó a su casa en auto y lo dejó a la hora establecida antes.

Su madre lo recibió, le dio un beso y le tomó la mochila. Lo interrogó sobre las cosas que hizo en la casa, si se cuidó, si comió y otras más.

—Y, ¿lo pasaste bien?

—No —dijo con decepción, tomó sus autos y volvió a las calles de las tablas delgadas.



# La Mirada

Constanza Fernández Navarro



Solo uno de los vasos esperaba ser servido con brebaje tan temprano, el resto yacía estático sin pensar en sus destinos. Eran de esos vasos transparentes, casi tornados gris en su carencia de lavado, delgados, corrientes, miserables. Cilíndricos y medios altos. La parcela que había arrendado su amiga no quedaba tan lejos. El motivo de celebración: ninguno. Tan solo comer y tomar por comer y tomar, ponerse al día con las cosas si es que. Las moradas ojeras de Camila la hacían caminar exhausta por el asfalto del centro, ni ganas de pasar al Paseo Ahumada, tan solo mirar las palomas detenidamente. Los problemas del trabajo, las penas de amor, La Mirada, la tenían con la humedad caliente en la piel, dando vueltas por las noches.

Ya con todos los vasos puestos en la mesa, Florencia esperaba a los invitados. También puso las *Lay's* en platos largos de plásticos con salsa golf, además de ramitas, *chis pop*, *cheetos*. Dejó una gran Coca-Cola en el centro de la mesa. El resto

se encargaría del bajón: unos acordaron traer vienasas, otros pan, la palta fue repartida entre varios, y el tomate lo traería Camila, ojalá cortado en cuadritos.

Todavía no era hora de ir saliendo para allá, Camila estaba arreglándose en su departamento; chaqueta de cuero, jeans negros apretados, un gorro estilo urbano y una polera de *Joy Division*, su grupo favorito si le preguntaban. En la mente igual iba arreglando las cosas: llegaría, no miraría a Florencia a los ojos, se sentaría lo más lejos posible de ella. Si te pregunta cómo va la vida, le dirás que bien, que conociste un chico por Tinder, bastante guapo, es ingeniero, qué sé yo.

El primer vaso de brebaje había sido servido hace rato —el vaso cilíndrico, delgado, miserable—. Florencia había empezado con el festival de las piscolas, y era casi imposible seguirle el ritmo de cumbia; bailaba afuera, riendo, sacándose fotos, gritando.

Camila, sentada en uno de los extremos de la mesa rectangular de madera, miraba fijamente su vaso vacío para no tener que encontrarse con La Mirada; cada cierto rato masticaba lentamente una papa frita, y la tragaba como a una pastilla amarga; o sacaba una ramita, ingería una por una, y finalizaba el ritual chupeteando el sabor queso en sus dedos. Procuraba tener buena salud, por ello no tomaba ni saldría al frío de afuera; no quería coincidir con La Mirada.

Poco a poco la gente fue entrando, en Talagante las noches eran frías. En ese trajín, se pusieron manos a la obra con la comida. Lo primero fueron las vienasas. La olla en el fuego ya tenía burbujitas, y al meterlas dentro, sin descongelar, a Florencia le salpicó agua caliente en sus pantalones. El tomate no venía cortado, por lo que dos pares de manos se pusieron a rebanar y picar en cuadritos los rojos tomates de Camila. Ella se había dignado a pararse de su silla y a colaborar con el machaque de las paltas; con un tenedor hacía presión hacia abajo, nuevamente, sin quitar los ojos de él. Hervidas las vienasas, empezó la maquetación del completo; otro grupo se encargó de poner el ketchup, la mayo, la mostaza y el chucrut en la mesa, aparte de los posa completos, servilletas y té caliente. Eran más o menos las cinco de la mañana.

En la primera mordida, Camila dejó caer un poco de palta en la mesa. Al frente de ella estaba La Mirada, por lo que se concentró en limpiar el mantel del verde. Camila no te preocupes, mañana lo pongo a lavar. La segunda mordida fue una gran mordida, Florencia abrió mucho la boca y se le arrugó la cara; no

había almorzado de los nervios y necesitaba apaciguar el alcohol; no le gustó tanto el completo, pues al saborear el tomate, se dio cuenta de la falta de aliño, y de que la palta había sido compensada con agua para que cundiera. Su Mirada intentaba encontrar los ojos bajos de Camila, pero entre las manos que iban y venían agarrando el ketchup, pidiendo la mayo, sirviéndose agua caliente, sacando el chucrut, le fue difícil hallar una ventana entre ese paisaje de pieles. Había notado el nerviosismo de Camila, no la miró en ningún momento del carrete. Cómo va la vida, le dijo. La siguiente mordida era de Camila, pero lamió el pan antes de morderlo, en la parte de la fuga de palta que ya iba en camino a la mayonesa. Bien, estoy saliendo con un chico de Tinder. Florencia se engulló el resto del desabrido completo y se sintió volver. ¿Con un chico de Tinder? Camila asintió con la cabeza mientras se devoraba lo poco que le quedaba del completo en las manos. La Mirada encontró el remanso para invadir, le había tomado los ojos; y una vez captados, era imposible zafarse. Qué bueno. Y un brazo peludo se atravesó entre las miradas buscando el tomate. Y tú cómo estás, dijo Camila, sintiendo sus ojos atrapados en un callejón, La Mirada no iba a permitir su escape. Mal, ahora que me dices esto. Camila bajó un poco la mirada, como buscando los ingredientes para empezar a hacerse otro completo. No hubo respuesta. Bajarla no la ayudó en nada, pues sentía cómo ella la observaba en algún lugar de su perímetro.

De nuevo le hervía la piel, como al despertar de pesadillas, de pesadillas que protagonizaba la vergüenza, o la ausencia de Florencia cada noche, o el no sé qué pasó. Se retiró La Mirada de la cruzada, su contrincante tenía la cara roja; Florencia se decía *no estoy para esto*. Se paró con violencia hacia el patio, con el vaso cilíndrico, miserable, en función de cenicero. Se fumó varios cigarros, como queriendo que el humo la consumiera, hasta que amaneció. Mientras, Camila, justo antes de que amaneciera, palpaba el sudor en su cama de dos plazas.



# Una reescritura: La madre de Ernesto

Catalina Lufín Pacheco



Me estaba arreglando el brasier cuando, por una ranura de la puerta, los vi cruzar la entrada. Estaban iguales, un poco más larguiruchos, pero estaban iguales. No me sorprendió verlos allí: durante todo el verano la casona se llenó de caras conocidas, morbosas, que curioseaban tras las cortinas como quien no quiere la cosa y después subían por las escaleras de la mano de Valeria o Rosaura. De pronto, escuché sus risas desde el bar y enseguida recordé esas tardes de juegos y té con leche, cuando todos fingíamos pasarlo fantástico.

Cuando el padre de Ernesto fingía hacer horas extra para llegar tarde a casa. Cuando Ernesto fingía no enterarse de nada. Cuando yo fingía no sentir las miradas pubertas de sus amiguitos que recién descubrían mi escote.

Salí rápido del baño del primer piso y subí a alistarme. Pensé que estarían un buen rato abajo bebiendo, preparándose antes del *show*. Adormeciéndose la conciencia, quizás. Pero no pasaron muchos minutos y los oí subir. Avanzaban unos peldaños, se detenían, cuchicheaban, bajaban, volvían a subir ¿Acaso lo estarían dudando? sus suelas indecisas chocaban contra la madera y los charcos de cerveza en el piso, haciendo crujir toda la escalera. Por fin, como si de nuevo estuviesen jugando a la pinta, corrieron hasta llegar a la habitación. Me dije a mi misma que qué me importa, que para qué preocuparme, que la dignidad es un mito y que la memoria es corta, que en todos los niños hay un hombre inevitable. Me retoqué el maquillaje y peiné de nuevo ese mechón porfiado que aquel día parecía empeñado en mancharme la frente. Ya no se escuchaban risas ni susurros. Seguramente Oscar estaba dándoles las instrucciones: no golpear, no arañar, ni pedir tonterías exóticas, que para eso buscaran otro lado. Oscar siempre me cuidaba tanto. Me decía que era su Madonna, la más vieja pero también la más despampanante de toda la casona. Que ni se te notan los cuarenta y tantos, mujer. Que eres como esas lavadoras antiguas que uno mandaba al taller y duraban dos décadas. Que no me vayas a dejar botado, mira que yo te recibí con los brazos abiertos cuando tú no tenías nada.

Entró a buscarme y me tendió su mano para conducirme a la habitación. Él era mi escolta durante esos breves paseos y, aunque nunca me lo dijo, yo sabía que a veces pegaba el ojo a la cerradura e intentaba capturar para sí una fracción del placer que se gestaba en esa *kingsize* oxidada. Caminé por el pasillo y poco a poco comencé a borrar sus rostros pueriles de mi memoria hasta sólo dejar esa versión última; tres muchachos con la entrepierna abultada cruzando la entrada. Me asomé por el marco de la puerta y les sonreí.

—¿Bueno?

Ninguno respondió, sólo se inclinaron levemente contra el respaldo del sillón. Repetí la pregunta. Los tres se pusieron de pie, obedientes, tal como cuando años atrás los regañaba y ellos pedían disculpas a coro. Era extraño

porque, aunque todos parecían ansiosos por verme, en cuanto dejaron caer sus ojos por la apertura del deshabillé, desviaron la mirada hacia la salida.

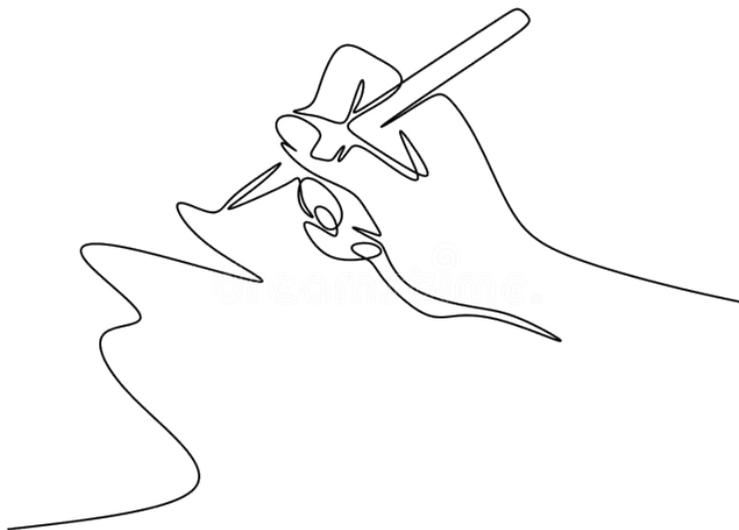
—Voy yo.

Recuerdo que Julio era buen estudiante. Desde primaria, sus padres lo hacían tomar clases particulares y siempre fue el mejor promedio del curso. Yo soñaba con algo así para Ernesto. Una medalla, un diploma, algo que nos probara que no lo hacíamos tan mal. Lo miré y me pregunté si seguiría siendo así, si acaso quedaba, en el joven que estaba a dos metros de mí, algo de ese Julio que yo conocía. Mientras pensaba en eso, él dejó de avanzar. Por unos segundos, lo observé con curiosidad. Luego vi que los demás tenían la misma expresión perpleja. Entonces, entendí. O creí entender, porque apenas percibí la nota de horror en sus caras, cerré el deshabillé y les pregunté qué le había pasado a él. Qué le había pasado a Ernesto.



**Inés**

**Anais Pizarro**



Pensó que era Alberto que volvía a la casa. Sin mirar, Inés abrió la puerta de un tirón. Dos papeletas y la mano del conserje aparecieron frente a sus ojos. Llevó una mano a sus senos, pero ya era tarde. Desnuda, despeinada y mojada sería parte de la imagen viva de Inés que el conserje Juan recordaría por el resto del día.

Ambos se miraron un segundo antes de que ella cerrara la puerta. No dijo nada. Tampoco recogió la toalla. Por qué. Por qué. Por qué. Por qué. Por qué. Por qué. El vacío continuaba en la sala de estar. El agua caía al piso, se giró y comenzó a caminar. Encendió la luz de la cocina. Dónde está. Abrió el cajón. Yo sé que lo vi. Buscó entre los cubiertos. Lo guardé. Sí. Aquí.

¡Qué asco! ¡Putá, qué asco! Apretó, una, dos, tres, cuatro veces el botón del ascensor. Volvió a llamar. Una náusea apareció... Qué asco. Piso nueve: una tripa se movió. Piso siete: se le revolvió la guata. Piso cinco: tragó bilis. Piso tres: respiró profundo. Piso uno: salió.

El aire frío chocó en su cuerpo mojado. Siguió caminando. Dejó sus huellas en las baldosas de la recepción. Juan no logró disculparse, solo mirar a los ojos de Inés antes de que ella le enterrara el cuchillo en el corazón.



## La reina

Francisca Ramírez



Blusa, delantal y gorro, todo blanco, todo sin arrugas, todo perfecto.

Cinco pasos hasta la reja de su casa y otros 1500 exactos hasta llegar a la esquina de La Paz con Artesanos. Su esquina. Un territorio soberano que estaba en disputa, aunque ella aún no lo supiera. Cada mañana llega ahí a las 5 AM en punto y ella es la reina. La reina del churrasco. Heredó la receta de su abuela, quien fundó el negocio y fue la primera monarca. La tradición continuó con su mamá y ahora recae en Diana. La bautizaron como a la princesa porque «tenía sus ojos» dijo el papá, y era una manera de reafirmar desde la cuna su posición y un futuro importante.

Durante décadas las vendedoras de la pérgola, los cargadores de la vega y quienes esperan la micro en esa esquina de Independencia han sido los clientes más fieles del carrito familiar. La carne, «siempre blanda, fresca y jugosa» como le enseñó su abuela, sigue el mismo proceso. Diana la deja descongelando la noche anterior, en la mañana la machaca con un mortero de piedra que trajeron del sur y le pone sal; el resto de los aliños vienen después, cuando la plancha está caliente, ahí mismo en el aceite porque eso le da más sabor. Un cartel anuncia los precios. El fondo es negro y las letras blancas. Una vez le sugirieron poner los números en color, pero ella dijo que no. Le gusta el blanco.

Como todas las mañanas, cuando llegó ya la estaban esperando. Juanito la ayudó a instalar el carro y a poner el gas mientras ella sacaba los ingredientes y los ordenaba en el mesón.

—Dos Barros Luco y un té.

—Lo mismo de siempre, sin mayo, con mostaza y un café con tres de azúcar.

—Un churrasco italiano, ¡porfa, mi reina!

Recién ahí levantó la vista y sonrió. Le gustaba que le dijeran así, que le recordaran que ella era la reina. El churrasco italiano es además su favorito. Esa mezcla de la carne con un toque de ajo, el jugo de tomate y la textura suave de la palta no tiene comparación. Eso sí, todo tiene que ir envuelto en un pan calentito, blando y con la miga esponjosa, pero con una cascarita crujiente que suene ante la presión del cuchillo.

Un par de horas y se dio cuenta de que habían faltado varios de los clientes habituales. No pasó don José, el que vende escobas en el puente, ni vino la señora Teresa a buscar la colación de media mañana. Al día siguiente pasó lo mismo. Y en las jornadas sucesivas más clientes desaparecieron. Hasta que de repente escuchó a la pasada:

—Vamos a la esquina, venden arepas, de esas que comen los venezolanos, ¡Les ponen hasta porotos!

Alguien había ocupado una esquina y vendía pan con porotos, ¿porotos en un pan? Tenía que ir a verlo. Estaba lleno, pero no se ordenaban en fila como le gustaba a ella. Acá quedaban todos amontonados, desordenados. Aun así, se veía el carro, tenía unas rayas de colores, había amarillo, rojo, morado y verde.

Nada de blanco. Tenía también un cartel, uno con flores y luces. Entonces la reina la vio. No era tan alta, pero el pelo largo ondulado y oscuro la hacía resaltar entre la gente. No usaba gorro. Tampoco delantal. Vestía una polera rosada escotada y ajustada que apenas tapaba su piel morena. Se acercó despacio y le pidió una arepa. Ella, la mujer extraña, la preparó cantando. Sacó algo como un pancito redondo de la plancha, le puso pollo, queso en tiritas y «aguacate», «así le dicen ellos a la palta», le explicó alguien. Le dio un mordisco de mala gana y lo escupió. ¡Eso no era pan! El pollo tampoco tenía sabor reconocible y ¡la palta! ¿Cómo alguien podía usarla para eso?

Una cosa era que se instalara cerca de su carrito, que se llevara a sus clientes y que no usara delantal, pero esa comida era intolerable. No tenía lugar ahí. No se podía permitir. ¿Quién más que ella, la reina, era la indicada para poner orden?

Esperó todo el día. Sabía lo que era tener paciencia. Guardó sus cosas, limpió el carrito y caminó hacia la otra esquina. Ya no quedaba nadie. Se acercó entonces a la mujer, que pareció haberla reconocido y la miró amable, con una expresión propia de quien busca aprobación. Ella no dijo nada. Levantó firme la mano y dejó ver un cuchillo, el mismo con el que cada mañana abría los panes para los churrascos y que su mamá le regaló cuando se hizo cargo del carro. Sintió entonces el roce con la piel, con esa piel morena que había bajo la polera rosada, y después un líquido tibio le escurrió por las manos. Tibio y rojo. Fue un momento breve y eterno. Mientras se alejaba caminando guardó el cuchillo en su delantal. Un delantal que ya no era blanco.



## **Botas negras infinitas Verónica**

**Riquelme V.**



Si te preguntan por un *match* perfecto, ¿Cuál sería? John Lennon y McCartney; Maradona y el balón; un café negro y un cigarro; Newton y la manzana. Dicen que en gustos no hay nada escrito, y siempre existe un roto para un descosido. El *match* perfecto para Verónica era Xuxa y sus botas negras infinitas.

Corrían los años 90 y en Chile la alegría había llegado. Colo-colo era campeón de la Copa Libertadores, los niños jugaban libres en las calles, los jóvenes alucinaban con el estilo *grunge* y Alvarito Salas con la Arregui y Eliseo, nos hacían reír a carcajadas todos los viernes, con sus videos locos.

En esa misma época apareció ella: una joven presentadora de televisión y cantante brasilera, quien con su dulce voz cantaba melodías alusivas a la amistad, al amor y al cuidado del planeta. Su nombre era María da Gracia, pero para los *bajitos*, apodo que daba a los niños, la conocían como Xuxa.

Verónica vio a Xuxa por primera vez en un programa de televisión en la casa de su abuelita. Xuxa era perfecta. Alta, rubia y delgada. Sus vestimentas, de un terciopelo suave con bordados de color dorado, hacían un perfecto *match* con su hermoso pelo rubio. Sus piernas eran extensas y delgadas, ideales para esas botas infinitas de color negro.

—¡Quiero ser como Xuxa! —dijo Verónica en voz alta.

Como era de esperar el Papá de Verónica le consiguió los videos del programa de Xuxa en VHS, y compró para ella el casete que tanto promocionaban en la televisión. Y así, entre brincos y brincos y palmas y palmas, pasó su verano con xu-xu-xu-xa-xa-xa.

El periodo escolar como de costumbre, fue intenso y abrumador. El Colegio de niñas de la ciudad era muy exigente, por lo que los momentos de esparcimientos eran muy escasos. Un día, al entrar a la sala de clases, una estudiante de sexto básico, con un flequillo rubio perfecto, con botas infinitas negras, dejó sorprendida a Verónica y a todas las compañeras de la clase del primero básico.

—¡Queridas Bajitos! —dijo Cindy, la chica del flequillo rubio perfecto—. *Miss Rebeca* me ha autorizado para formar el *Club de Xuxa* del Colegio. Todas las niñas que quieran participar de este deben presentarse el próximo lunes en una audición, usando flequillos y botas negras. Las mejores bailarinas podrán ser mis *Paquitas*. Las espero.

Las niñas del primero básico comenzaron a aplaudir y a corear las canciones de Xuxa. Verónica sintió a su corazón dando brincos, sin parar.

Apenas abrió la reja de su casa corrió a contar la noticia a la familia. Su hermana se ofreció para armar el flequillo utilizando mucha laca, y su mamá prometió salir con ella. Madre e hija recorrieron todas las tiendas en busca de las botas perfectas. Pero todas eran cortas con chiporro.

—Solo tenemos botas de cuero —dijo el vendedor de la tienda—. El tipo de bota que usted busca no es de cuero. Vaya a las galerías del centro, allí las puede encontrar. De la mano, ambas caminaron hasta el destino sugerido. Al llegar buscaron por cada una de las tiendas de calzados.

—¡Mis botas infinitas negras! —gritó Verónica, apoyando sus manos en la vitrina. Sin dudar lo entró y las solicitó en número 30

Verónica siguió con los ojos brillantes cada uno de los movimientos del vendedor. Y le pareció que el tiempo se detuvo cuando el hombre, inclinándose al lado de la caja, sacó las botas y se las pasó. La niña recordó el zapatito de cristal de un cuento y con la misma veneración de Cenicienta tomó las botas con ambas manos.

— ¡Pero qué material es esto! —dijo la mamá— ¿Esto es plástico?

—Es una especie de ecocuero —contestó el vendedor.

—Olvídate que te compraré unas botas plásticas —dijo la mamá, mirando fijamente a la hija. Volveremos al *mall* y te compraré las de cuero con chiporro.

Verónica la miró fijo. Sus cejas se juntaron y apretó los dientes

— ¡Te odio! —gritó la niña en un acto de furia, corriendo fuera de la tienda.

Esa tarde lo único que consiguió Verónica fue un fuerte tirón de mechas que su mamá le propinó en el estacionamiento del *mall*. Sin embargo, la gran decepción que sintió en ese momento provocó en ella una especie de insensibilidad, protegiéndola de cierta manera, del dolor que causaba la agresión.

Al llegar a casa, se encerró en su habitación. A escondida, lloró todo el domingo, pensando en cómo podría convertirse en una verdadera «paquita» con zapatos de colegio marca Pluma. Sin ninguna idea en su mente, se durmió hasta el otro día.

A la mañana siguiente, realizó su rutina matutina como de costumbre. Camino hasta la salita de estar donde la esperaba su *Cola Cao* caliente con un pancito con huevo. Encendió la televisión y buscó el canal donde pasaban los capítulos de Ángel la niña de las flores. Mientras masticaba un trozo de pan, se detuvo a observar detalladamente el broche con el que Ángel podía mágicamente cambiarse de ropa en cualquier situación, adecuándose para verse espléndida y encajar donde y a lo que fuese.

A sus cortos 6 años, era imposible entender si la metáfora de Ángel se refería a la facilidad de la niña de encajar en diversas situaciones o a la necesidad de disfrazarse para ser parte de algo. Esa mañana Verónica sólo vio en ella, una gran valentía y coraje, y la imagen de ser intrépida como Ángel le pareció una buena idea.

Tal como lo habían acordado, su hermana le arreglo el flequillo con secador, un cepillo redondo y mucha laca, quedando atómico para el gran evento. Solo debía esperar que Cindy, la chica del flequillo rubio perfecto, se fijara en su pelo y en los pasos de bailes.

En la sala de clases, Verónica se encontró con un arsenal de mini Xuxas, quienes compartían un gastado labial Avon. Si bien todas lucían hermosas, rondaba en el aire una estela con olor a pescado. Aun así, las niñas estaban tan extasiadas con la audición, que el olor nauseabundo no las inmutó.

La audición fue en el patio trasero del Colegio, donde habían instalado una radio casete. Agruparon a las niñas por cursos y estatura. La audición consistía en bailar las coreografías de las canciones de la artista. Las niñas que mejor lo hicieran, serían las seleccionadas para entrar al «Club de Xuxa».

Apenas comenzó a sonar la canción *Todo el mundo está feliz*, Verónica y el resto de las niñas comenzaron a replicar la coreografía. En ese momento, ella se sintió libre y contenta. Saltó y bailó como nunca antes lo había hecho, como si estuviera soñando con sus pies, olvidando por completo que audicionaba con un par de zapatos pluma. Bailó por diez largos minutos, hasta que Cindy, con su flequillo perfecto y botas infinitas negras, apretó *stop*.

—Muchas gracias a todas las futuras paquitas que se presentaron. Las niñas con parches en los ojos, lentes, con zapatos y sin flequillo, pueden retirarse.

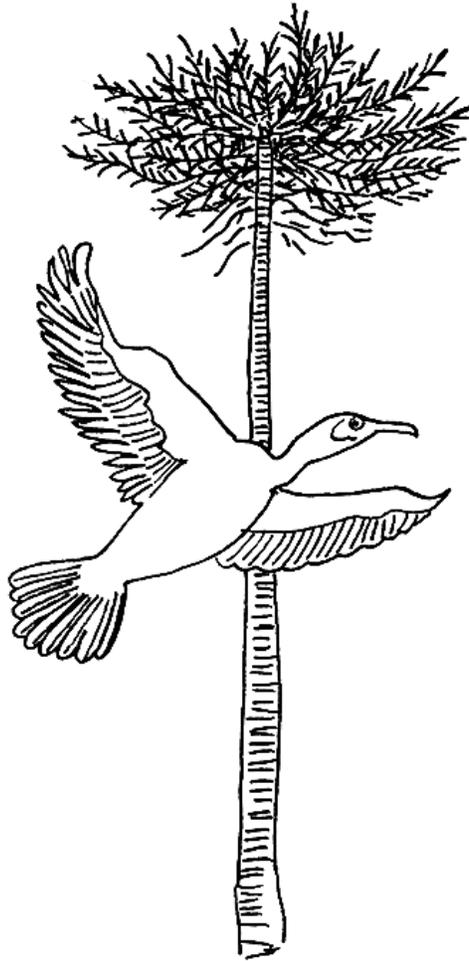
Un sinnúmero de niñas saltó y gritó de emoción, mientras que el resto, se retiró llorando. Verónica se sintió derrotada, y poco a poco comenzó a sentir una sensación de malestar. Caminó hasta los baños donde desarmó su peinado, mojando su flequillo con agua de la llave. Arrastrando sus pies, se dirigió hasta la sala de clase, donde se sentó y esperó hasta que sonara la campana. Un grupo de trece compañeras ingresó al salón, gritando y celebrando a viva voz su ingreso al club. Se sentaron juntas, y comenzaron nuevamente a aplicarse el gastado labial Avon. Al sonar la campana, Miss Sonia entró a la sala, y a los pocos segundos su cara cambió.

—Por favor, abran las ventanas —dijo y, cubriendo su nariz, añadió—: las niñitas que están usando botas, ¿se las pueden retirar y dejar fuera de la sala? El olor a plástico me da náuseas.



# El pacto Dana

Rojas



Los cormoranes llegaron sin que ella lo advirtiera. Uno detrás de otro y sin invitación. ¿Hace cuánto estaban ahí? Imposible saberlo, había renunciado al ejercicio consciente de llevar cuenta del tiempo. Ya ni siquiera escuchaba el *tic-tac* del reloj con ese graznido ronco y ensordecedor que le nublaba el pensamiento: *gruog, gruog, gruog, gruog, gruog...* todo el día, a todas horas, *gruog, gruog, gruog*; más y más estridente con la llegada de cada visitante.

La casa, su casa desde hace treinta años, estaba en una esquina de calle Bellavista. Era conocida en el barrio como *La Araucaria* por el gran árbol de veinte metros del patio delantero, similar a un pehuén, único en las calles polvorientas de Antofagasta. Cuando había llegado a esa casa, Alcina se había jurado que iba a abandonar los «trabajos», se dedicaría a vender sus hierbas medicinales en el mercado (los «ataditos» como ella les decía) y a pintar paisajes y aves marinas. Acaso ir a la iglesia en días de fiesta y nada más. Ese era su propósito y lo cumplió, al menos por un tiempo.

Todo comenzó por la señora Nilda. Había llegado desesperada un día a comprarle un atadito de recuperación para su nieto, un chiquitito que no tenía más de cinco años y que había desarrollado una extraña enfermedad paralizante. Los médicos se habían encogido de hombros y con resignación y palabras inentendibles los mandaron para la casa. Quizá por azar o quizá por destino uno de sus vecinos le habló de Alcina, la menuda mujer de tez morena y pelo negro brillante que vendía hierbas en el mercado. Se contaba que sus ataditos sanaban cualquier mal, «incluso si el enfermo tenía la pata en el cajón», le habían dicho.

—Va a necesitar más que un atadito pa' ese mal —le había dicho Alcina en esa oportunidad.

—¿Y qué tengo que hacer? Yo lo hago —respondió Nilda.

El costo era alto, pero aun así, Nilda había aceptado. La edad le había ablandado el corazón a Alcina y la determinación de la mujer era muy grande. Incluso después de explicarle lo que el pacto requería, no hubo terror en los ojos de Nilda, como Alcina había visto en tantos otros en su juventud.

El ritual había sido largo y complejo. El chiquitito tuvo una fiebre durante dos días que casi se lo lleva, pero al amanecer del tercero, junto con los pájaros que

volaban desde la playa, abrió los ojos y la salud ya se veía dibujada en su cara: esbozaba una sonrisa y su mirada ya no estaba nublada como en los días anteriores. Ese mismo día se puso de pie y volvió a caminar.

El rumor del milagro se había extendido hasta Tocopilla y desde entonces muchas personas visitaron *La Araucaria*, pidiendo algún trabajo imposible de cumplir. Pero Alcina cumplía. Muy a su pesar, cumplía. ¿Se cumpliría también el destino pactado?

Cuando apareció el primer visitante, Alcina supo que ya no le quedaba mucho tiempo: un pato yeco, con sus plumas negrísimas y pico de punta ganchuda, casualmente parado sobre el árbol de su casa, fijando la mirada hacia el interior. Cuando al día siguiente el pato seguía ahí y se sumó un nuevo yeco que la observaba, la vieja recordó las palabras de su madre: «Un día, todos te van a venir a buscar». Pronto fueron cinco, luego diez, luego veinte patos en el árbol del antejardín, tapando la luz del sol.

—Ya nos vamos, ahora cállense, cuervos cargantes —gritaba cuando comenzaban a graznar su ronco *grupos, gruog, gruog*.

Por ese entonces se le había nublado la vista, una película verdosa le recubría los ojos, pero reconocía la luz del día y la sombra nocturna a la perfección. Sus manos, antes tan diligentes, ahora eran secas y oscuras y un dolor le punzaba la espalda entre los hombros. Pero en el agua, ah, eso era distinto. Su cuerpo rejuvenecía cuando, en las mañanas, se hundía en el agua fría de la tina, dejando a la vista la cabeza y el cuello.

La sombra del árbol había crecido cada día y la negrura se extendía ahora por toda la casa. *Gruog, gruog, gruog*; el chirrido incesante de los yecos; *gruog, gruog, gruog*; la voz seria y tranquila de su madre explicándole el pacto; *gruog, gruog, gruog*; el recuerdo de su primer «trabajo»; *gruog, gruog, gruog*; las súplicas de las almas que había ayudado y también condenado.

*GRUOG, GRUOG, GRUOG*, sesenta, cien, incontables pájaros cubriendo el árbol, llamándola.

—Así que ya llegaron todos —dijo Alcina con un hilo de voz y soltó un ronco graznido que inundó la casa al mismo tiempo que desplegab una toscas alas para ir a reunirse con la colonia que había formado a lo largo de su vida. Era el destino que unía para siempre a los participantes del pacto.

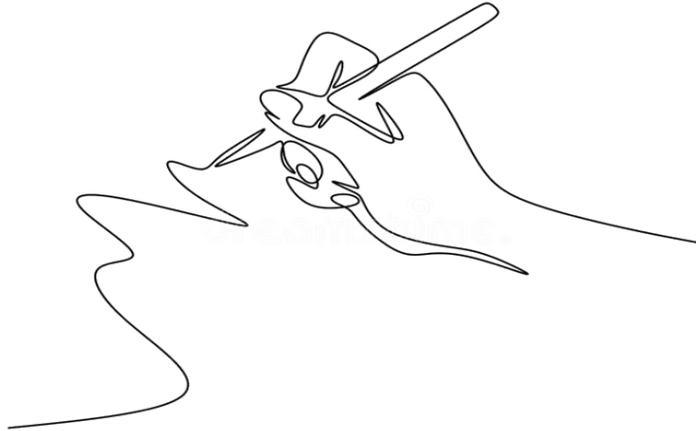
La espléndida bandada negra dejó tras de sí un árbol seco.

Silencio al fin.



# Reflejo

Dana Rojas



Se quedó pasmada al verse en el *collage* que estaba en la pared.

Lo primero que vio fueron los labios, unos labios de mujer joven, brillantes y entreabiertos en una mueca como la que ella solía hacer cuando no sabía qué decir. El recorte también mostraba parte del cuello, que era blanco y fino como el suyo. La mariposa que la artista había incluido en la base del cuello parecía un beso alado negro y naranja.

Pero lo que más la impactó fueron los ojos. Cuatro ojos que no miraban. Uno de ellos aparecía cerrado y otros dos estaban vacíos. El rostro hecho de rostros estaba coronado por un cuarto ojo que, con un poco de imaginación, perfectamente la veía de vuelta.

No eran sus labios, ni su cuello, ni sus ojos... ¿o sí eran?

Se tomó un momento para volver a mirar los detalles: uno, dos, tres... seis. Seis caras transformadas en una sola: la suya.



## El precio

Claudio Ruiz



A Jorge nadie lo vio sino hasta el día que lo despidieron.

Habíamos pasado casi un año compartiendo oficina y su presencia gris había sido poco más que anecdótica. Cuarenta y tantos, ropa sport Bellota, perilla de candado. Era el más formal y silencioso del grupo. Traslucía su esfuerzo en serlo. Eso era, en sí mismo, su trabajo.

Ese viernes, la invitación a su improbable despedida, programada para el día siguiente, Jorge la recibió con extraño entusiasmo. Una alegría, su alegría, que no podía adivinarse si era más por dejar ese lugar o por el tardío reconocimiento. El entusiasmo de los organizadores sonó menos extraño, pero sí más impostado y profesional.

Esa noche no pensé en la convocatoria. Los sábados son para distraerse, no para cumplir con rituales forzados derivados del trabajo, pensé. Una vieja película romántica de Cary Grant en el sillón, con el nuevo gato encima, era la

cortina perfecta para dejar atrás la semana. El trayecto a la cama en medio de la oscuridad debía ser rápido, sin espacios para el desvelo.

La cama y la bóveda negra. Ese tránsito hasta el apagado total era menos rápido y dulce de lo que hubiese deseado, pero cuando la costumbre se va instalando, la ansiedad cede. Luego el sueño en primera persona, con imágenes filtradas por una especie de niebla. Deambulaba con naturalidad por un living, uno que sentí conocido, decorado con cuidado casi barroco, perfectamente ordenado, como si fuera esa la dedicación exclusiva de su dueño. No había espacio sin alguna figurita de cerámica o macramé. El sofá a franjas, con sus mullidos cojines perfectamente acomodados, no daban señas de haber sido usados recientemente, más bien podía inferirse que era parte del cuidado obsesivo del anfitrión. Escuché el sonido de una conversación. Giré y vi un gran televisor encendido con algo que parecía ser un matinal. Luego las voces parecieron perderse entre muchas otras. Quise inquirir si esos sonidos pertenecían a los habitantes. Encontré otro televisor. Luego otro y otro. Uno en el dormitorio, cocina, pasillo y hasta en el baño. Un ruido blanco de voces amables y solícitas inundaba esas paredes cubiertas por posters de praderas y caballos. La sensación era de recorrer un lugar vacío y lleno a la vez. Reparé en el aparador principal del living; decenas de retratos esparcidos con imágenes de familias perfectas: padre, madre, parejita de niños. No había repetidos. Había morenos y rubios, pero todos sonrientes, con jardines perfectos de fondo. Tomé uno tratando de identificar quiénes eran; la foto era la de muestra. Desperté.

Esa tarde de sábado, los organizadores fueron los últimos en descartarse en el grupo creado especialmente para la ocasión, donde evidentemente no estaba el protagonista.

Debía ir, nadie más lo haría. Había cambiado el nombre del acorralado de una emboscada algo involuntaria.

La cita en un bar de Orrego Luco daba cuenta de la escasa cercanía entre los invitados. Un lugar sin riesgos ni intimidación, equidistante de todos. Mesas repletas y algo que oficiaba de música, pero que solo funcionaba como relleno de ese patio de adoquines, quitasoles y voces encaramadas.

Procuré llegar unos minutos antes de la cita. La sola imagen del festejado recibéndome en soledad me resultaba perturbadora. Mejor una o dos copas

antes. Todo sería, con alguna probabilidad, más fácil. Ensayé en mi cabeza varias aperturas y tópicos. Más que mal, nunca habíamos cruzado palabras a solas más allá de diálogos envasados: «Buenos días», «¿Trajiste almuerzo?», «¿Cómo te fue en la reunión?», «Qué tengas buen finde». La interacción había sido un esfuerzo gregario; esa noche no había manada.

La caminata al llegar era acompañada por un cigarro en la mano derecha. Si bien su vestuario era distinto, no dejaba de ser consistente con lo que conocía. La camisa a rayas había dejado su lugar a una polera con un solo botón abrochado, acomodada dentro del pantalón verde agua, que reemplazaba los habituales tonos café y gris.

Hice un esfuerzo consciente por empujar la conversación solo la primera media hora. Huelga decir que tal labor más tenía relación con mantenerme allí que por la dificultad de obtener palabras de vuelta. Se veía suelto, risueño. El alcohol obró su magia y la incomodidad de convivir con ese desconocido sin un tercero se diluía rápido. Una copa, otra más. Confesiones que emergieron sin darnos cuenta y que emergían como piezas que se iban acoplando, como si nunca hubieran sido dichas.

El padre. ¡Vaya padre! Un árbol de sombra enorme. El mejor jefe en la mina de cobre. Pocas palabras, pero templadas como mantras en su memoria. Ser hombre era ser algo parecido a él. Sus errores, porque sí los tuvo, eran propios de la época. No era posible juzgarlo. Quizás fue un poco duro cuando no quedó en la universidad, como sí lo hizo su hermano mayor. Eso de llevarlo a puteríos desde niño era algo brutal, pero era su forma de enseñarle a ser hombre. Seguramente por eso lo hizo debutar a su lado, a la par. Nunca lo abandonó la imagen su gruesa figura contoneándose y gimiendo, soltando agudos estertores, en un tono que jamás le había escuchado. La vuelta a casa en silencio, cabeza gacha al saludar a la madre, que con toda seguridad acompañaba con discreción la rutina.

Luego, su mujer. Estefanía había sido su primera polola. Otro debut. ¡Cuánto amor! Tanto, que alcanzaba para obviar los deslices de ella y las confesiones de pasión hacia otros, la misma que escaseaba en casa, donde el vínculo se sostenía por una fórmula amorosa alejada de los estereotipos románticos y más cercana a los acuerdos políticos. Pero seguía siendo amor, qué duda cabe. En algún

momento decidió que era mejor no saber, así que allí donde había dolor e inseguridad, hoy se había formado una callosidad que le permitía mantenerse enhiesto. Él deseaba ser amado y había adaptado sus expectativas para no renunciar. Su amor era un verdadero acto de sacrificio e incondicionalidad.

También había adaptado la manera en que satisfacía la ausencia de sexo. Para eso servían las prácticas que de niño había aprendido con el padre. A veces incluso lo sentía a su lado en el burdel, gimiendo y contoneándose de la misma manera, con los ojos perdidos en un probable cielo tras las oscuras paredes. Así como su padre, también volvía con la mirada evasiva a casa y su mujer, de una manera también similar, seguramente aceptaba de manera tácita esa rutina como el costo a pagar por mantener su forma de amor.

Estiramos la velada hasta el cierre del bar. Caminamos infructuosamente en busca de otro lugar donde seguir escarbando. Resignados a la despedida, coronamos la jornada con un abrazo palmoteado:

—¿Tienes algo que hacer el viernes? En casa tengo una botella de whisky hace años.

Acepté tibiamente la invitación, asegurándome dejar espacio para confirmar. Si bien la apuesta había resultado esa noche, la cautela era la música con la que siempre había bailado. En ese punto sentí el alivio de haber resuelto un compromiso y la angustia de haber asumido otro mayor.

Cuando aún iba camino a casa, mi teléfono sonó a su llamado. Dudé en contestar, especulé un entusiasmo desmedido y precoz del festejado. La duda sobre algún accidente o emergencia me empujó a hacerme cargo. Su voz al teléfono era aún más exultante que durante la velada y la risa que lo acompañaba denotaba triunfo. Estaba afuera de su casa, en el auto. No quería explicitar, más bien deseaba la pregunta. Asentía y reía, colgaba palabras como pistas, buscando mi interpretación. Rápido pude inferir, y luego confirmar, que había hecho una parada en el camino para subir una prostituta al auto. Su jolgorio aumentó al ser descubierto el enigma. No pude entender con claridad si era más por la pequeña aventura o por tener a quien contarle.

Al cortar, lo imaginé entrando a su casa, recibido solo por las penumbras y el silencio. Esa noche no sería necesario bajar la mirada. Luego, abrazaría por la espalda a su mujer en la cama, apoyaría la frente en su nuca, posaría su mano en

el vientre y se dormiría con el olor de su piel, reclamando el amor que quedó por saldar.

Aquella noche soñé con un desierto, con una superficie brillante, espejada. El aire vibraba y diluía el contorno de un sol blanco sobre un fondo rosa. A lo lejos se acercaba una mancha indistinguible. Acto seguido, innumerables filas de personas avanzaban levitando, atravesándome como si fuera un espectro sin cuerpo. Cada uno de ellos estaba partido transversalmente por la mitad, y el reflejo en el desierto acristalado hacía parecer que estuviera en el centro de un cielo infinito. Llevaban los brazos caídos. Eran miles, millones. El sonido del teléfono me despertó abruptamente por la mañana.

El tono era completamente opuesto al último. Era la voz de un alma quebrada. Su mujer lo despertó enrostrándole la evidencia irrefutable. Un condón, su condón, que por alguna razón quedó en el auto y no se fue por la ventana, la que seguro no bajó. Ese descuido ponía en jaque su amor, hacía evidente lo que no se dice, pero se acepta. La molestia de su mujer era desprecio por su negligencia. Sin embargo, ahí estaba el amor, no lo dejarían irse. Si la amaba como decía, debía entregar algo que les permitiera seguir.

Ahí había estado frente a la evidencia y la pregunta. El instante siguiente era el único espacio que tenía para calcular la moneda con la que pagaría. El costo sería proporcional al tiempo que tomaría en sufragar; si demoraba demasiado, sería inabordable.

—Le dije que le presté el auto a un amigo y que lo ocupó no sé con qué fin. Ahora te estoy llamando para decir que no nos volveremos a ver. Mi mujer así lo prefiere.

Jorge tenía por fin un amigo y debía ocuparlo.

Hablamos por unos minutos. Avisó que la llamada no podía ser demasiado larga. Su voz era susurrante. No inquirí detalles. No era difícil saber que su mujer no le pedía mucho, una mentira que fuera suficientemente sostenible bastaba. No era un asunto de creer, sino de amor. De su amor.

Repitió varias veces que nunca bebía tanto, que nos habíamos excedido. Había pasajes de la velada que decía no recordar. De hecho, había borrado de su memoria la llamada de la madrugada.

Un costo razonable para pagar: un amigo, el único.

No me dolió la ruptura; sí su tono de reproche al colgar.



**Alejandra**

**Alice Sailer**



Su nombre era Alejandra y usaba un delantal del blanco más radiante que yo hubiera visto, sobresalía enormemente del blanco azumagado o amarillento de los nuestros. Éramos unas 30 niñas en tercero básico de mi escuelita básica, de mi provinciano pueblo, en 1974.

Su delantal no tenía la forma sosa de una cotona simple, lisa, sin pinzas y abotonada por delante, como la que usábamos todas a esa edad. Alejandra usaba una falda plisada con pechera y tirantes con vuelos que iban hasta atrás cruzando la espalda. Cómo la envidiábamos. Soñábamos vestirnos así, como niña de cuento, y resentíamos que nuestras madres no hubiesen tenido la ocurrencia o el buen gusto de comprarnos uno igual a ese.

Otra cosa que la distinguía era su peinado. Mientras la mayoría llevábamos pelo corto o melena hasta los hombros, su cabello abundante le llegaba hasta la cintura. Bien alto en la coronilla, los mechones de las sienes atados con una exuberante cinta blanca formaban un gran moño.

No recuerdo cómo era su cara, ni cuando llegó al curso. Ella solo existe en un único recuerdo suyo que marcó mi vida.

Se sentaba delante de mí, y se daba vueltas a buscar conversación, creo que no conocía las reglas de clases, tuve que soportar retos y llamadas de atención por su causa. No me importaban sus historias, y evadía como podía su charla. Nunca fui gran conversadora y por entonces mi ánimo era bajo y estaba mucho más distraída y ensimismada que nunca. Hasta el día que me mostró una muñeca de papel. Tenía muchas, dijo, con trajes fabulosos, y ahí sí que tuvo toda mi atención.

Ella puso la carnada y yo piqué.

Cada día llevaba una muñeca de papel diferente, nos la mostraba a todas en recreo, pero solo a mí me dejaba tomarla y quedarme con ella por unos minutos en medio de la clase. Ambas sabíamos que la maniobra era arriesgada, las distracciones en clases eran severamente castigadas por la profesora, pero Alejandra insistía en el préstamo solo en esos momentos, y yo no podía resistir, sentía que valía la pena el riesgo.

Todas queríamos tener una colección igual de maravillosa y colorida. Aunque en mi familia nunca lo dijeron explícitamente, yo tenía la real conciencia de lo iluso del deseo. No estaban los tiempos para pedir cosas banales como esa, las prioridades de los mayores se centraban en comprar las cosas básicas, por lo que se quedaba en el lugar de los imposibles. Mejor ni soñarlo.

Se me daba bien el manejo del lápiz, me gustaban las tareas que implicaban dibujar más allá de letras y números: la geometría y los mapas en ciencias sociales, por ejemplo.

El año anterior había tenido varicela y falté a clases un tiempo largo, por las costras. Papá, para entretenerme, me llevaba a su oficina donde podía usar sus artículos de escritorio a placer. Tijeras, corchetera, lápices, reglas, papeles, era el paraíso para mí.

Y por eso se me ocurrió la fórmula para obtener muñecas de papel por mí misma, urdí el plan y lo llevé a cabo. Este consistía en dibujar las siluetas de esas muñecas en los breves minutos en que estaban en mis manos y fuera del alcance de la vista de su dueña.

El procedimiento era simple para mí: en la última hoja del cuaderno de turno, poner de revés la figura de papel, pasar el lápiz grafito con prolijidad por los bordes, volver a la página correcta, seguir escribiendo el dictado o lo escrito en el pizarrón por la profesora, devolver subrepticamente la muñeca.

En casa usé esas siluetas para hacer mis propias creaciones, dibujé con fruición todas las que me prestaba y les inventé miles de trajes fabulosos. Disponía de lápices y papeles sin límites, materiales de papá que me habían sido asignados luego de su ausencia en casa. Mi colección creció rápidamente. Feliz consumía horas en ello. Placer oculto, que me llenó de energía dirigida a crear sin límite. Cuando hube capturado las siluetas de todas sus muñecas dejé de prestarle atención a sus charlas aburridas, y ella poco a poco se dejó vencer. No tenía con que más llamar mi atención y otra vez su espalda comenzó a molestarme. Su amplia cabellera me estorbaba para ver al pizarrón cosa que ahora liberada del hechizo volvió a tener importancia.

Sus pelos invadían mi escritorio y empecé a rechazar cada vez más esa intromisión.

Un día, atenta en cumplir con las tareas de clase, vi de reojo que algo se movía sobre la página en blanco de mi cuaderno, miré con atención y con una mezcla de vergüenza y pavor lo reconocí. Era un piojo. Conocía a la perfección la técnica de matar un piojo: aplastarlo con la uña del dedo pulgar de la mano derecha hasta oír el sonido que anunciaba misión cumplida, enemigo muerto. Pero dudé, con asco. Ahí estaba gordo, oscuro, indefenso, moviendo sus patitas lejos de la

cabellera en donde era experto. Decidí no matarlo, en cambio, miré la cabellera de Alejandra sobre mi escritorio y simplemente soplé al piojo en esa dirección.

Todo ese año mi madre y sus hermanas habían luchado por mantenerme libre de ellos, por eso yo llevaba una melena corta. Mi padre se había tenido que ir a buscar trabajo a Argentina, y yo lo echaba de menos, tanto que no había noche en la que no llorara su ausencia. A ello achacaban mis tías la plaga. Son piojos de pena decían, transparentes, pequeños, y persistentes. Cada fin de semana, con más paciencia y cariño que mamá, el despioje de las tías era rutina. Sentarme en un pisito pequeño, poner la cabeza en el regazo de tía Myriam, Nelly o Iris, quienes se turnaban. Ese suave revolver mechones me adormilaba en una calma tierna que no quería que acabara nunca. Me dejaban limpia de piojos y liendres, pero reaparecían.

—¡Piojos de pena, pobre niña! —decían.

Gracias al esmero de las hermanas de mamá, pasé indemne las revisiones periódicas de las profesoras. Cualquier día, sin aviso, llegaba la inspectora y con una regla de madera abría mechones de pelo en silencio sepulcral, solo roto por la orden que daba a la profesora de: ¡comunicación al apoderado!, cuando descubría una *cabeza con habitantes*.

Sorpresa de todas cuando «comunicación al apoderado» fue señalado en la revisión de Alejandra.

¿Cómo podía tener piojos una niña vestida y peinada con tanto primor?

No nos extrañó su ausencia a clases por varios días, su cabellera enorme implicaría mucho trabajo de limpieza, comentaban, y nadie pensó que el corte de pelo pudiera ser la solución para ella como lo había sido para todas nosotras en su momento.

Yo me sentía feliz de tener la vista despejada hacia el pizarrón y poder concentrarme en las clases sin distracciones. Pasaron los días y nos acostumbramos a su ausencia.

Y nadie pensó más en ella.



# Scout

Manuel Silva Ibarra



Caminó hasta perder de vista las casas, pero lo monótono del paisaje rural le hizo creer que la distancia avanzada no era la suficiente; álamos, sauces y totoras que delataban pantanos le parecieron elementos cotidianos y a la vez desconocidos. «Dos noches serán suficientes para convencerla», pensó. Estaba lejos, lo supo por la cercanía de los cerros, desde su casa los apreciaba pequeños, como piezas de una maqueta, ahora los veía imponentes frente a él, aunque faltaban varios kilómetros para alcanzarlos. Se detuvo, se secó el sudor de la frente con el antebrazo izquierdo, delgado y desnudo; sacó del bolsillo del pantalón una hoja de cuaderno con sus flecos sin cortar, pero debidamente doblada. La fue desdoblado con mesura, desvió la mirada del papel y miró al cielo, no encontró nubes, tampoco sol, oscurecía y la seguridad con que antes

había tomado la hoja se debilitó. Volvió a mirar el papel ya estirado. Le sudaban las manos. Era mejor descansar.

Nunca había dudado de las instrucciones que le había apuntado *el Toño* a pesar de la mala fama del compañero. Pocos se habían salvado de sus jugarretas: la marca del indio, los chilitos, cachamales y cuanto juego que infringiera dolor, ahí estaba Antonio Mardones para llevarlo a cabo. Aun así, él quiso creerle lo que contaba de los scouts. Nunca Toño le había afirmado que había sido un scout, pero la seguridad con la que hablaba sobre «todo lo importante que debía saber un scout» lo habían convencido.

Ya era de noche, la oscuridad y el silencio encendieron sus miedos. Se refugió bajo un gran sauce, recordó las historias, se contaba que en ellos habitaban duendes, verdad o no, para su imaginación de niño era cierto, pero se contuvo del terror que eso le provocaba, quería pensar en otra cosa. El papel quedó preso de su puño, sudado y tembloroso. No encendería la fogata, la luz lo delataría y el plan no duraría el tiempo necesario según sus expectativas. Sintió frío, el ambiente era cada vez más húmedo y sus ropas no eran suficientes para abrigarlo. Tomó su mochila de mezclilla, la abrazó como si fuera su peluche favorito, se acostó de costado en la tierra con la espalda apegada al tronco del sauce, se preguntó si ya lo estarían buscando. Deben de estar asustados, pensó, sentía culpa por asustar a su padre y a sus hermanos, pero su madre se tenía que convencer y dejarlo ser un scout. Aquello también le facilitaría la vida a sus hermanos que igualmente eran víctimas de la aprensión de la madre, se podía imaginar el discurso que debía estar dando en este momento: «*No lo voy a dejar salir nunca más solo. Yo no me equivoco en estas cosas, sé que alguien le metió cuestiones en la cabeza. No existen los amigos, yo le he dicho a este cabro, los únicos que van a estar siempre con él va a ser su familia...*». Su plan empeoraría las cosas, se dijo. Si esas eran las palabras de su madre, y se sintió un idiota por creer que su fuga la haría cambiar su acérrima sobreprotección.

El frío y la humedad eran cada vez más intensos, sus pies estaban tan helados que ya no los sentía. Desorientado, se preguntó por qué estaba ahí, con qué finalidad. El sueño y el cansancio lo vencieron, quiso salir corriendo, pero el cuerpo ya no respondía, aquel fue su último impulso mental, luego se durmió.

Se despertó de manera brusca, un cosquilleo en la mejilla hizo que se propinara tres desesperados manotazos, el susto cesó cuando vio entre sus dedos una gota de sangre y en medio de la pequeña posa roja el cadáver de un zancudo. Miró alrededor; todo era verde y calmo, los miedos y el frío de la noche anterior habían quedado atrás, dedujo que los duendes no existían, que el sueño y el cansancio pesan más que cualquier miedo. Pero en cuanto la tranquilidad llegó se esfumó ya que la imagen de su madre no se había borrado y entendió que aún no estaba todo dicho, aún faltaba una respuesta. La hazaña había sido todo un éxito, sí, y lo suficiente para tomar la decisión de no quedarse una noche más como lo había pensado. Ahora lo esperaba una mañana húmeda de primavera para emprender el regreso a casa.

El sol comenzaba a quemar, aunque el viento ayudaba a sobrellevar el calor. La mejilla le comenzó a picar. No había nubes y la posición del sol, que estaba casi sobre su cabeza, indicaba que faltaba poco para el mediodía, según los apuntes. Los cerros volvían a ser parte de una maqueta y las casas junto al camino de tierra indicaban que faltaba muy poco para llegar.

Había personas afuera de su casa. Aquello lo hizo detenerse y las manos volvieron a sudar, la angustia lo inducía al llanto, pero no derramó una sola lágrima, debía comportarse como un hombre, pensó. Siguió caminando, y las personas aún no daban cuenta de su presencia. Ahora solo faltaban unas diez casas para llegar y vio con claridad quienes eran los que esperaban: sus padres, hermanos, vecinos y amigos. Su hermana mayor fue la primera que lo vio y sin mediar aviso salió corriendo a encontrarlo y en cuanto la muchacha corrió, todos la siguieron y esa imagen de todos corriendo a su encuentro lo sobrecogió, pero rápidamente aquella sensación pasó a ser una pena casi insostenible, cuando vio que la única que no había salido a su encuentro era su madre. Caminó lento, la reacción de la madre era su primer castigo, así lo sintió. Todos corrían alegres y gritaban su nombre, pero para él no había otra respuesta que su madre a brazos cruzados esperando su llegada.



**FIN**